

LA CASCADA

Cuán grato es verte ¡oh río!
Cuando del sol naciente, los albores
Prestan á tu cascada sus reflejos
Y al través del vacío
Se miran desde lejos,
Del iris, los bellísimos colores
En la lluvia que forma tu rocío.
Grande eres y magnífico
Cuando tú, impetuoso te despeñas
Desde los bordes de peñasco altísimo
Y no contento con romper tu frente
Sobre las crestas de erizadas peñas,
Encaprichado en no variar de rumbo,
Sigues tumbo tras tumbo
Hasta llegar tu rápido torrente
A convertirse en bruma,
Que en grandes copos de nevada espuma
Se deposita al pie de la cascada,
Do vuelve á tomar lecho tu corriente
Plañidera, rugiente y enturbiada.
Impaciente por verte, mas medroso
Me aceroo á tu presencia,
De las aguas, magnífico coloso.
Porque al oír tu voz atronadora
Y tu furor creciente y espantoso,
No sé qué extraña influencia
A ti me atrae cuando el pavor me aleja
Y en mi vértigo siento que en tu saña
Con magnética maña
Me arrebatas envuelto entre tus olas
Y sin oír mi queja
A tu coraje indómito me inmolas,

Otro cuadro yo miro indefinible
Que la noche bosqueja entre sus sombras
Cuando la luna elevase rodando
De mullidos vellones sobre alfombras.
La cascada hasta entonces tan movable,
Petrificada, inmoble
Toma el aspecto de fantasma horrible
Que se alza cual gigante
Entre blanco sudario, horripilante.
A sus plantas las olas se rebullen
Unas tras otras en murmurio eterno
Bajo el peñasco cóncavo, sombrío,
Imagen del averno,
Y semejan enormes calaveras
Y sus murmullos quejas lastimeras
De almas desesperadas ¡ay! que en pena
Luchan por desasirse
Del gigante que al pie las encadena.
Y allí solo, y aislado y desafiando
Aquel horror sublime, pavoroso,
Estático y absorto ante el coloso
No tengo voluntad para alejarme
Y su gran majestad sigo admirando.
¡Oh! qué mágico encanto
Me detiene á tu pie, torrente fiero,
Que en mi estúpido espanto
Lejos de huir, estar contigo quiero
Y en vez de odiarte te consagro un canto?
Es que de Dios la majestad revelas,
Es que mi alma consuelas
Revelándole en tu iris otro iris
Más allá de la tumba,
Que desde niño sin cesar anhelo,
En ese mundo que se llama cielo,

A....

Niña preciosa, la de los quince,
La de rasgados párpados y ojos de lince,
Cómo me admiras, cómo me agradas
Con ese brillo hermoso

De tus miradas.

Tu cabellera blonda y hermosa
Parece ser de seda por lo sedosa.
Tu frente es limpia cual tu talento
Y por eso es tan claro

Tu pensamiento.

Nariz chatilla de gracia rara
Dios se esmeró en hacerla para tu cara,
Sombrea tu labio lindo bocito,
Mas..... chis..... que describirlo
Fuera delito.

Es tal el timbre de tu garganta
Que parece que llora, que ríe y canta,
Y cuando me hablas me vuelvo loco,
Que para hablar á un ángel

Yo soy muy poco.

Tiene tal juego tu boca cuca,
Que en su sonrisa
Parece que da besos y se acurruca.
Son sus extremos tan contraídos
Que tal parece
Que con dos alfileres están prendidos.

Ví entre tus labios, cuando reían,
Tus dientes bellos
Que si no fueran dientes perlas serían.
Tu mano blanca y chiquitilla
Es tan suave,
Que parece forrada de cabritilla.
Y cuando el piano tocas garbosa
Con qué trabajo
Para alcanzar la octava corre afanosa,

Quando naciste, acaso las tres gracias
Sus perfecciones todas te trajeron
Y tu *toilette* cual diligente dama
Como á su hermana predilecta hicieron.
Tan bella, en fin, ¡oh niña! me pareces,
Que al soñar en los ángeles del cielo
No los finge mejor mi fantasía,
Ni mejores los pinta en su desvelo;
Mas un defecto tanta gracia empaña
Que el infalible adagio á cumplir viene,
Y es la gran presunción que á ti te engaña
Pues crees que tu beldad igual no tiene.

CARMEN

¡Ay!.....un recuerdo me viene ahora,
Recuerdo hermoso de juventud,
Quiero halagarme con su memoria;
Lector, perdona, si egoísta evoco
Goces que acaso críticas tú.

En un *rancho* de pastores
Aislado entre montes mil
Llevóme un amigo un día
A unas bodas á asistir.

Casábase una aldeanilla
De las más bellas de allí
Y aunque no de buena gana,
A aquellas montañas fuí,
Pues pensaba que su gente
Era toda fea y ruín;

Mas cuando llegué á aquel *rancho*
Y mujer tan bella ví
Metida en aquellas selvas
Entre fieros javalís,
Cuando en la ciudá habría sido
Solicitada por mil;
Sentí palpitar el pecho
Sentí.....no sé qué sentí;
Mas recuerdo que al mirarla
De tal manera la ví,
Que ella se tiñó de grana
Y que yo palidecí;

Ella cumplía quince abriles
Cuando veinte yo cumplí.
No había visto ella ciudades
Ni á los señores de allí
Y para ella yo pasaba
Por señor rico y gentil.

El novio, de la comarca
Aunque rico y lo mejor,
Para una niña tan bella
Y de lindo corazón,
No pasaba de labriego
De grosera condición.

Faltaban aun unos días
Para casarse los dos
Cuando el novio, á mi presencia,
A visitarla llegó.
Así que, de los umbrales
De la habitación pasó,
Aquella preciosa niña
Ví que al verlo se indignó
Y que al saludo del joven
Respondió de mal humor.

Era que insanos, los padres
La casaban sin amor,
Es que aquella alma soñaba
En otro mundo mejor,
Más allá de las montañas
Donde acaso adivinó
Otros seres más simpáticos
Y de más educación.

Es que no era una labriega

Mas que en traje y condición,
Pues revelaban sus ojos
Alma de temple mejor.

El pobre novio, corrido
Fingió.....no sé qué fingió,
Ello es que al salir al campo
De nadie se despidió.

Todo estaba preparado
Y un día faltaba no más,
Cuando la joven quejóse
De sentir un malestar
Que en calentura violenta
Se vino á determinar.

Suspendióse, pues, la boda
Y en fuerza de tanto afán
Vino al fin la incoada fiebre
El día cuarto á terminar.

Ahora al lector yo pregunto
Si me puede contestar,
¿Por qué al ver que peligraba
Aquella aldeana beldad,
Que vista con sanos ojos
Nada me podía importar;
Sufrió tanto mi pobre alma
Y fué mi debilidad
Tal, que huyendo de la gente
Iba á esconderme á llorar?

¿Por qué de mil sacrificios
Yo me sentía capaz
Por sanar á quien apenas
Había visto horas atrás?

¿Por qué cuando supo ella
Mi solicitud y afán
Se le rodaron las lágrimas,
Sonrió su linda faz,
Y me vió tan dulcemente
Su mirada algelical?.....

De aquella, para mí, mansión del cielo
Tras pocos días de dulce permanencia
Llegó el cruel, de interponer la ausencia
Entre Carmen y yo.

Ni en palacios de reyes hospedado,
Ni por pajes y damas bien servido
Tanta grata emoción habría sentido
Cual mi alma allí sintió.

Del floripondio al pie, junto al arroyo
La víspera fatal del triste día
Cosiendo estaba la sin par María:
¡Cuán mágica la ví!

A hablarle fuí, sentéme en una piedra
Y aunque agachaba sus hermosos ojos
De llorar advertí que estaban rojos:
¡Pobre de ella y de mí!

Y arrasándose en lágrimas los míos
¡Carmen! le dije, y agaché la frente,
Que hablar no pude más, pobre demente
Lloré como mujer.

Sólo pude coger su linda mano
Que ella me abandonó sin resistencia,
Beséla con delirio en mi demencia
Y de allí me alejé,

Tras larga noche de febril insomnio
Al día siguiente, al despuntar la aurora
Salí del rancho maldiciendo la hora

Y sin decirla, "adiós."

Mas ella lo advirtió. Salió corriendo.
Llorando, adiós, me dijo, yo afligido
Mi pañuelo arrojéle humedecido

Y mi yegua arrancó.....

¡Oh razón! ¡oh razón! cuánto me cuestas;
Siempre, en tus aras, con algún tormento
Fuíte á ofrecer en sacrificio cruento

Mi pobre corazón.....

¿Qué fué después de la preciosa rubia?
Nunca lo supe, y sólo, que de mi alma
Un girón quedó allí, mientras la calma

Y el tiempo la sanó.

LA INSPIRACION.

Quando sopla, del estro, el fértil viento,
Cuán grato es ver, la inspiración, al alma
Bajar, cual virgen de serena calma,
Dulce inspirando con su suave aliento
Calor al pecho y á la faz contento.

Siente entonces el poeta que su talla
Crece y se eleva en expansión divina,
Grande siente su idea y peregrina,
Del cielo, su alma, en el lindero raya
Y el secreto del ángel adivina.

El fuego engendrador hierva en su frente,
Y fluido el pensamiento y rico y suave
Con gozo inmenso deslizarse siente,
Llenando con sus alas el ambiente
Y huyendo de la tierra en que no cabe.

Y uno tras otro encadenado se hila,
Formando su limpísima madeja
Que, de fuente brotante, se asemeja
Al chorro cristalino, do se enfile
Gota tras gota que ni rastro deja,

O á la hebra de humo del perfume fino
Que del cáliz despréndese somero,
Del dorado chinesco pebetero
Subiendo recta al cielo diamantino
Sin variar ni cortar su hilo ligero.

Sin tacha, en el papel corre la pluma,
El consonante, solo se presenta,

Ni del metro el poeta tiene cuenta,
Que hirviendo el pensamiento como espuma
De la pluma al salir, rico se aumenta.

Y hay quien diga soez que la poesía
Es mentida ilusión de visionario,
Y de la inteligencia al santuario
Menguados hay que con su lengua impía
Locura llamen con desden nefario?

O estúpidos á fe son ó malvados
O su cabeza es pobre y sin cacumen
O del mundo en las garras entregados,
Los nobles sentimientos embotados,
Nunca llegó á su umbral el sacro numen.

Vengan, y el estro, con sus propios ojos
Verán en mi ira y mi placer sin tasa,
Placer que el alma con su fuego abrasa,
Placer tan grande, que de labios rojos
Ni aun el "sí" codiciado nos remplaza.

Placer, Dios mío, que sabes que mi entraña
Devora porque pávulo no tiene;
¿Por qué, Señor, la sociedad, huraña
Conmigo el goce á dividir no viene?
Partido me haría bien; solo, me daña.

Una mujer no más, un buen amigo,
Yo parco, te pedía en mis dolores,
Que á mi paso regara humildes flores,
Y en vez de ellos, Señor, ¡ay! por castigo
Siempre fuí solo á mi sentir testigo.

No puedo más callar, tiempo sobrado,
A esa cruel sociedad guardé respeto,
Mi goce y mi sufrir siempre secreto,
Mi numen cual mendigo avergonzado
Por no herir sus oídos, indiscreto;

Mas ya mi frente contener no puede

La hirviendo idea que con su ardor la aterra,
Cual vaso, estalla ya, que fuego encierra
Y es de sino fatal de que procede
Si la lengua en hablar firme se aferra.

Porque yo sé que un alma, un sentimiento,
En esa sociedad de prosa y oro
Puede alzar á mi voz oído atento
Y esconder como yo, callado aliento
De amor y fuego celestial tesoro.

Por eso escribo y la convoco y llamo
Aunque esté en el confin del universo,
Para ella son mi queja, goce y verso,
A ella vuela á decirla que la amo
Y es para ella, de flores, este ramo.

A MI APRECIABLE MANUELITA REYES.

Quieres versos, Nela mía,
Cuando hace ya tantos años
Huyó de mí la poesía,
Dejando en mi alma vacía
Sólo tristes desengaños?

Los haré por complacerte,
Pero al leerlos advierte
Que es tan imposible cosa
Sacar poesía de la prosa
Como vida de la muerte.

¿Qué puede una alma hastiada
Ofrecerle á una alma niña?
¡Ay! no se parece en nada
La flor marchita, tronchada
A la que el pensil aliña.

Tu alma de hechicera maga
Hoy enciende su fanal
Con que ufana al mundo halaga,
Mientras que la mía apaga
Su lámpara sepulcral.

Tu frente tranquila, besa
El céfiro matutino,
La mía en árido camino
Quema en su furor, y mesa
El polvoso remolino;

Mas si en su estéril dolor
La flor de mi alma carece

De perfume y de color,
En cambio, niña, te ofrece
El tesoro de su amor.

Amor puro como armiño,
Afecto santo y cordial
Como el de su padre á un niño,
De amistad, dulce cariño
Que no puede hacerte mal.

Yo que te ví todavía
Muy niña crecer lozana,
Contemplo en ti á mi Sofía
Que murió en edad temprana
Y hoy la edad que tú, tendrías.

Sigue, pues, siendo el consuelo
De tus padres é hija fiel,
Vive para ser su cielo
En el infierno cruel
De este miserable suelo.

No olvides tu índole bella
Tan apacible y amable,
Que sea tu polar estrella
Tu buena madre, y su huella
Sigue firme é invariable.

EL HOMBRE FELIZ

Si quieres ser feliz pon una valla
Al número sin fin de tus antojos,
Que el que busca más goces, más enojos
Y más molestias y pesares halla.

Con menos oro excusarás molestia
Aunque sin pena ó con sudor lo ganes;
En vez de oro atesora más modestia,
Y serán menos rudos tus afanes.

Si te sobra, sin pena, economiza,
Pues no sabes la suerta que te espera,
Y aunque sea tu reserva muy ligera
Siempre el ánimo endulza y tranquiliza.

Con guardar el primero mandamiento
Tu gran deseo de amar será llenado,
Ya por ser el objeto tanpreciado,
Ya porque da en retorno mil por ciento.

Con guardar los demás, en tu conciencia
El gusano roedor no hará su nido,
Más libre, más tranquilo, más querido
Verás correr sin pena tu existencia.

Gozarás de salud, tal vez, completa,
Tus días se alargarán, será tu vida
Un especie de oasis en que anida
La esperanza de vida más perfecta.

Huye de hombre que priva en la bonanza
Y también de negocios con el hombre
Aunque sea amigo: la amistad no alcanza
Donde está, de *interés*, escrito el nombre.

Dispensa al que padece tu cuidado
Aunque haya sido antaño tu enemigo:
La desgracia es humilde, y en amigo
Trueca, si no es un monstruo, al desgraciado.

Mas no creas que en todo esto el medio se halle:
De vivir satisfecho: es necesario
Que en la vida tengamos un calvario,
Pues la tierra es, de lágrimas, un valle.

Pero el bueno conserva en la conciencia
Tanta fe, tanto amor, tanta esperanza,
Que disfruta aun aquí la bienandanza
De saber que le espera la clemencia.

El perverso no así: de conciencia ancha,
Muy engolfado en el placer mundano
El mismo se hace pago por su mano,
Compensando sus males en revancha.

Mas si el dolor con el placer compensa,
Pagará con tormento inextinguible
O en pena temporal; pero terrible
Por rebelde al deber, su deuda inmensa.

1889.

LA POESIA

Si á la alta concepción del pensamiento
Agregamos la rítmica armonía,
La eléctrica expresión del sentimiento,
•El vuelo de criadora fantasía
Y entonación viril del claro acento,
Esto es y mucho más, la poesía.
Su adorno es la mentira; mas tan bella
Que gusta la verdad vestirse de ella.

EN EL MAR

Aquí voy ¡oh Dios mío! como un gusano,
Miserable juguete del oceano,
De la nave á la cáscara adherido
Sin cesar, por las olas combatido
Que en sus flancos se estrellan formidables.

¡Ay! de abismos profundos insondables,
En el fondo sumido
O levantado como débil pluma
De ola gigante, en la enrespada espuma,
Heme aquí mareado
Como un inútil fardo dando tumbos,
Yendo de aquí y de allí por todos rumbos
Mi pobre cuerpo inerte magullado,
El estómago inane y en un hilo
Sin poder un momento estar tranquilo.

Solo, en medio del mar, lejos del mundo
Sin fuerzas, moribundo,
Sufriendo eternas náuseas y en desvelo
Mirando á los viajeros cual beodos,
Cual más, cual menos mareados todos
Y sin un alma que me dé consuelo.

Si el día con sus ardores nos abrumba,
La noche con sus sombras nos espanta
Y dobla los peligros y agiganta
Con sus sombras siniestras y su bruma.

Parece un calabozo el camarote,
Un ataúd, la cama estrecha y dura

Y el candil del pasillo
Cubierto con ahumado capirote,
Más que luces, proyecta sombra oscura,
Su fulgor soñoliento y amarillo.

No acostado, tirado como un fardo,
Ya de pie, ya empinado de cabeza,
Cuando el barco de punta se endereza,
Escucho el golpe acompasado y tardo
Del vapor que, titán, haciendo empuje
Contra las olas se estremece y cruje,
Amenazando hundirse por momentos
Del mar en los cimientos.
¡Ay! la muerte, la muerte es preferible
A este tormento horrible.

Sin embargo, Señor, si el cuerpo inerte
Se siente de tal modo miserable
Que si le fuera dable
En mil momentos se daría la muerte;
El alma que en ti cree, levanta al cielo
Una mirada llena de esperanza,
Una oración murmura, y el consuelo
Por tu santa bondad, del cielo alcanza.

No hay impío por impío, cuando está en tierra
Y de espíritu fuerte forme alarde,
Que en presencia del mar no sea cobarde
Y á Dios no llame cuando el mar lo aterra.
Mas ya pasa el mareo..... la aurora nace
Y en pintar sus celajes se complace.
En calma está ya el mar. Un viento suave
Se une al vapor para impulsar la nave.
Todo el mundo se ve sobre cubierta
Para admirar del cuadro la armonía.
Renace la alegría
Y la grata confianza se despierta.

De humeante taza, con el té caliente,
 El estómago siente
 Calor y vida que le da consuelo.
 Limpio está el horizonte, claro el cielo,
 En charla, vese, por el amplio puente
 En grupos ó paseándose la gente.
 Los marinos alegres, la maniobra
 Hacen ya, tarareando sin zozobra
 Su marina cantiga.

La nave cual alígera gaviota
 Vuela por la llanura, más que flota,
 Y el piloto la guía sin fatiga.
 Ya parécenos ver en las oscuras
 Sombras vagas, allá en el horizonte,
 Las siluetas costeras de algún monte
 De Europa; pero no, son sombras puras,
 Pues nos faltan aún dos singladuras.

Calma, pues, y adelante. Mientras quieto
 Siga el mar y discreto
 En sus brazos nos lleve como amigos,
 Nada temo, Dios mío, pues vas conmigo.

ALGO DE PROSA EN VERSO

Ya que á ustedes agrada
 La lectura de versos que dan risa,
 Y ya que el mal humor ahora me atiza,
 Pues estando purgado
 Al diablo me estoy dando aquí encerrado,
 Voy á confeccionar una ensalada
 No obstante que barrunto,
 Que aunque esté de buen punto
 No les ha de gustar, pues siendo mía
 Si no está desabrida está salada.

Ya se ve, son los hombres
 De bien rara y hostil naturaleza,
 Como ven un papel emborronado
 Que el nombre del autor no es conocido,
 Que ni en París ni en Londres ha nacido
 Ni de Cuba, á lo menos, ha llegado;

Oyen su obra al descuido
 Por cumplir nada más con la política,
 Sin dignarse hacer de ella
 Ni favorable ni contraria crítica;

Mas si el nombre es famoso
 No importa que la fama sea usurpada:
 Si la obra está en dorados empastada,
 La imprenta es bella y el papel sedoso,
 Su bondad de antemano se adivina.

Y se leerá con gusto
 Aunque sea solemnísima pamplina.
 Para probar mi intento,
 Una vez en visita, y va de cuento,
 Unos versos llevé, de mi caletre;
 Al entrar saludé, tomé una silla
 Y en frente me senté de un petimetre
 Que hablaba casualmente de Zorrilla.
 Preguntéle yo entonces si sabía
 Que el último periódico traía
 De este autor unos versos.—No, me dijo.
 —Pues yo los he copiado,
 Dije á mi vez; y todos con prolijo
 Empeño me pidieron los leyera
 Y dispusieronse á poner cuidado;
 Saqué los míos y á su lectura entera
 Sin chistar estuvieron, muy atentos,
 Y al concluir aplaudieron de manera
 Que ya eran, más que aplausos, aspavientos.
 Y usted, después me dijo una señora,
 Tengo remota idea
 De que también le da por la poesía:
 Es verdad, dije yo; mas es tan fea
 La pobre musa mía,
 Que nunca da la cara
 Y menos la daría
 Si con la de Zorrilla se compara.
 Esa es modestia, replicó; si acaso
 Conserva por fortuna
 En su cartera alguna,
 Espero que tendrá la complacencia
 De lérnosla también. Yo que rabiaba
 Por saber el efecto que causaba,
 De mi caudal, también, saqué un soneto,

Y mientras lo leía
 Uno que otro secreto,
 Pregunta, tos ó ruido interrumpía,
 Un, algo de "muy bien" cuando concluía
 Y todo quedó quieto.
 Este es el mundo, dije;
 Qué perspicaz, qué justo, qué discreto.
 Simula discreción cuando es insano,
 Es mentiroso y la verdad exige,
 Es perverso y á ser un santo obliga,
 Al que hay que levantar no da la mano
 Y al que está levantado la prodiga.
 Desde entonces échelo noramala,
 Y si el tiempo me aburre,
 Me pongo á emborronar lo que me ocurre
 Y alegre paso el rato.
 Después mi pobre musa
 O de inútil papel va á formar hato,
 O allá va á dar detrás de la cocina
 A un lugar que en mi tierra llaman china.
 Otras veces el mundo inconsecuente
 Condena mi marasmo,
 Y extraña formalmente
 Que yo no entregue de la fama al viento
 Lo que en su buena fe ó en su sarcasmo
 Bautiza con el nombre de talento.
 Mas contento ó mohíno,
 Señores, yo respondo:
 Si mis versos escondo
 És, porque creo no valen un comino;
 Mas dado que valieran
 Y algo bueno dijeran,
 Otros antes lo han dicho con más tino.
 Además, la poesía es una dama

Tan digna y pudorosa,
Que la ofende y la infama
Quien la lleva al mercado de la prosa.

Es del alma la hija más querida
Que ama á su padre como el padre la ama,
Y que sólo consiente ir á la feria
Cuando ve que la vida
De su padre pelagra en la miseria.

Si á veces abandona su retrete
Y vuela á recorrer el mundo entero,
Es que, noble, acomete,
Cual santo misionero,
La bella empresa de aliviar de una alma
Sensible y buena, que en el mundo llora,
La inconsolable cuita,
Llevándole los dones que atesora
En el mundo encantado donde habita.

De misántropo ustedes califican
Y de alma huraña, adusta,
Al poeta porque gusta
Estar á veces solo, y le critican
Que, del mundo, en el rol, no esté presente.

Señores, francamente,
Ustedes no conocen al poeta.
Crean que el hombre que así obra
Tiene, en mucho, perdida la chaveta;
Mas, con vuestro permiso,
Voy á expresar mi pensamiento liso:
"Es ese mundo á quien el juicio falta."
Y para que no crean que es paradoja
Vamos á examinarlo hoja por hoja
Y verán la verdad, que al ojo salta.

Figúrense en prisión estrecha á un preso,
Mas con una ventana que da al campo:

Figúrense, además, en contrapeso
Un inmenso palacio
Sin ventana, balcón ni claraboya,
Ni cosa, en fin, por do se vea el espacio;
Pero en cambio, en magnífica bambolla
Un sinnúmero de hombres y mujeres
Formando gran comparsa
En ruido y movimiento, y lujo y farsa,
En juegos y bebidas y placeres.

Por un lado se escuchan carcajadas,
Más allá se oyen llantos,
Riñas, gritos, puñadas,
Y destemplados ó sonoros cantos.

Aquí, comelitones,
El rodar de carruajes,
Harapos, pestilencia, ricos trajes,
El dinero á montones
Y todo lo demás, pues no es posible
Describir lo que es casi indescriptible.

Ahora bien: ese preso es el poeta,
Suele entrar al palacio, que es el mundo,
Para probar sus goces;
Mas á pasos veloces
Deja ese manicomio furibundo,
Pues no puede sufrir la barahunda
Do no halla ni razón, ni sentimiento,
Ni el placer, en verdad, en él abunda,
Pues el poco contento
Que gozarse pudiera,
De bien cara y estólida manera
Tiene que ser comprado
Y con grandes disgustos sazonado.
Por eso se retira
A donde solo y en prisión estrecha

Toma su antejo y mira,
Aprovechando la preciosa brecha,
Las montañas, los árboles, el cielo
Por donde vuela en expansión divina
Mal que pese á su cuerpo que se inclina
A arraigarse en el suelo.

Mas ¡ay! los del palacio
Envueltos en atmósfera sombría
Ni pueden extender por el espacio
Su miope mirada, torva, impía,
Ni pueden consolar su horrible tedio,
Para el que, entre los hombres, no hay remedio.

He ahí al poeta, señores, y he ahí el mundo.

El poeta, ya en cabaña,
En solitaria y árida montaña,
Encerrado esté ya, ya enfermo ó pobre,
Ya en medio al mar salobre,
Siempre lleva consigo un mundo entero
De belleza y de calma,
Pues que su alma de acero
En la fragua templada del querube
Siempre á su patria sube.
Y si lastima esa alma
La infamia de este mundo y su locura,
En su fe y esperanza
Encuentra desde aquí su bienandanza.

El mundo miserable
Tiene, es cierto, también por dique el cielo;
Mas no es el de el poeta
Infinito, bellissimo, inefable;
Sino ese cielo de sus ojos miopes,
Donde encuentra por topes,
La atmósfera, las nubes, el planeta;
Y aun á ese cielo estrecho

Casi nunca levanta la mirada,
Pues en eterno acecho
De lo que le rodea en su agujero,
Llama sandia bobada
Lo que no da placeres ni dinero.

Esto dije, señores, y no sigo
Pues ya me voy cansando.
Si lo que en este, digo,
Insulso mamotreto
No prueba á ustedes lo que estoy probando,
Quédese cada cual como yo quedo
Tras de su respectivo parapeto.

EPÍSTOLA Á MARÍA

¿Qué tienes, dí, respóndeme, María,
 Qué virtud hay en tí, qué talismán
 Que siempre que te miro, el alma mía
 A tí se inclina cual acero á imán
 Con una irresistible simpatía.
 Cuatro años ha que te conozco, hermosa
Y en tanto tiempo ni una vez siquiera
 Esa tu influencia dulce y peligrosa
 Ha dejado de obrar cual vez primera
 Sobre mi alma sensible y cariñosa.
 No he querido dar pábulo á esa influencia
Y á mi pesar te llevo en mi memoria;
 He esquivado, confieso, tu presencia
 Al corazón haciéndole violencia
 Por no echar otra lágrima en mi historia.
 Siempre cobarde y torpe é impotente
 Cuando hablarte he querido, mano extraña
 Ha venido á estorbarlo impertinente
Y tú, á veces amable, otras huraña,
 ¡Ay! no me dices lo que tu alma siente.
 ¿Y habrá de ser este martirio eterno?
 ¿Por qué, al fin, á explicarte no atreverme
 Este, del alma, sentimiento tierno?
Y un sí, ó un nó, termine con mi infierno
Y sepa yo por fin á qué atenerme.
 Si me dices que sí, la suerte mía
 Sólo podrá igualarse con la gloria;

Y si un nó, me contestas, eruel, impía,
 Tu palabra fatal será, María,
 Digno remate de mi negra historia.
Y resignado, y silencioso y frío
 ¡Ay! la orfandad lamentaré de mi alma,
 Seguiré soportando este vacío
 Que roe sin compasión el pecho mío
Y el tiempo y Dios me volverán la calma.
 No te pido ni amor; un desgraciado
 No tiene, no, derecho á dón tan alto,
 Pues de alicientes y ventura falto
 Estrecharte no debo, que es menguado
 Quien el amor conquista por asalto.
 Me basta tu amistad, que de tu boca
 Tan simpática y pura, algún consuelo
 Dejes caer en mi pecho, con anhelo,
 Que calme la aridez que lo sofoca
Y te abra una esperanza para el cielo.